

Andrés
Pérez
Dominguez

El centro
de
la Tierra

P

Paréntesis

FRAGMENTO

Colección Umbral

PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO:**

Javier Villanueva. La verdadera historia, INMA PORTALO
Y JAVIER VILLANUEVA

- **COLECCIÓN ORFEO:**

Cuchulain de Muirthemne, LADY GREGORY

La sangre y el eco, JULIO MANUEL DE LA ROSA

Todas las mujeres, JOSE MARÍA CONGET

Los consulados del Más Allá, AQUILINO DUQUE

La fiebre de Siam, EDUARDO JORDÁ

Las historias gallegas, ÁLVARO CUNQUEIRO

- **COLECCIÓN UMBRAL:**

Vacaciones de invierno, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

Plaza del Cabildo, EMILIO DURÁN

Hildur, TONI MONTESINOS

El viento y la arena, ANTONIO REYES MATEO



Andrés Pérez Domínguez (Sevilla, 1969), es autor de las novelas *El síndrome de Mongli* (Premio «Luis Berenguer», 2008), *El factor Einstein* (2008) y *La clave Pinner* (2004), de las novelas cortas *Los mejores años* (Premio «José Luis Castillo-Puche», 2002) y *Duarte* (Premio «Tierras de León», 2002), el relato *Ojos Tristes* (Premio Internacional de Cuentos «Max Aub», 2001) y la colección de cuentos *Estado provisional* (Premio «Ciudad de Coria», 2001)

www.laseparata.blogspot.com

«Un escritor capaz de imaginar historias que parecían ajenas a la ficción española, sin abandonar ni los escenarios reconocibles ni el empeño en conseguir una decidida palpitación literaria».

José María Merino, *Mercurio*

«Pérez Domínguez tiene un dominio muy bien dosificado de la tensión narrativa, porque va creando a cada paso pequeñas situaciones que asimismo sostienen el ánimo de quien lee... Demuestra en estas escenas que es un novelista de amplios poderes, sobre todo cuando juega su mejor baza: la contención».

José María Pozuelo Yvancos, *ABC de las Artes y las Letras*

www.parentesiseditorial.com

Fragmento de muestra de *El centro de la Tierra*

LA VOZ INTERIOR

Para mi padre

Para mi madre

Nunca me gustó Papá Noel. Yo soy más de los Reyes Magos. De Melchor, de Gaspar y de Baltasar el negro. Los de toda la vida. Pero el día que se me inflaron las pelotas y me dije que ya era hora de recuperar mi dinero –no me abstengo de decir robar porque sea aficionado a los eufemismos tontos, sino porque aquellos doce mil euros me los había ganado partiéndome el lomo el lomo para mi jefe–, me envainé dentro del traje rojo, me ajusté el cojín en la barriga con cinta de embalar y me encasqueté el gorro absurdo y la barba blanca porque pensé que un tipo disfrazado de Papá Noel llamaría menos la atención que un Rey Mago misántropo con un saco vacío a la espalda. Qué cosas tan raras tiene la vida. Al final resultaba que, aunque me caía tan mal, Santa Claus y yo teníamos algo en común. Algo muy importante: éramos dos lobos solitarios.

Además, era el día de Nochebuena y se me había ocurrido que la única forma de ir disfrazado por la calle sin llamar la atención o que la gente me tomase por loco era vestido de rojo, con esa barba ridícula, sacudiendo una campana y gritando esa tontería de ohohohó.

¿Que por qué elegí el día de Nochebuena? Muy sencillo. No es que tuviese intención de reventar la Navidad a nadie. Bueno, a mi jefe sí, pero a este también habría estado encantado de amargarle cualquier otro día. Pero no siempre se tiene esa suerte. En Nochebuena la oficina cierra a mediodía, y mi jefe –mi ex jefe: me encanta como suena– invita a todos los empleados a comer en un restaurante para celebrar las fiestas, desearles mucha felicidad y esa sarta de sandeces que todos saben que son tan poco sinceras como la sonrisa de nuestro director cuando algún cliente VIP visita la central y él dobla el cuerpo en una reverencia ridícula, como si tuviera bisagras en la cintura.

Pero bueno, para ser honesto, he de reconocer que el día de Nochebuena, en la medida que su escasa generosidad se lo permite, el mandamás se porta: un sobre con un exiguo fajo de billetes para cada uno y un jamón. Como podréis suponer, este año, aparte de los doce mil euros que se me adeudaban, yo me quedé sin el jamón y sin el sobre.

Y toda la culpa no había sido mía. Un cliente nos había dejado colgado un buen pico porque no habíamos cumplido los plazos de entrega. Al tipo no le faltaba razón. La formalidad y el nombre de mi director rara vez van en la misma frase. Sin embargo su foto podría ilustrar la página de la enciclopedia, en la «a» de avaricia. Enseguida se dio cuenta de que la suma que se me adeudaba por comisiones en el último trimestre era más o menos la misma que el cliente le había dejado de pagar. Y, para una mente retorcida, el razonamiento se resumía en una frase como esta:

—Lo siento, González. Pero hasta que no nos pague este cliente voy a tener que congelarte las comisiones.

Al principio me reí porque creía que me lo estaba diciendo en broma. Una risa helada, pero risa al cabo.

—Ni un céntimo –concluyó, después de aclararme que iba en serio.

Un año antes me habría resignado o incluso habría dedicado mis ratos libres a tratar de cobrar la deuda al cliente. Pero hace un año yo era diferente: aún tenía la ilusión intacta de quien ha empezado a trabajar en algo que le gusta y se sabe bueno en ello. No me costaba coger el coche cada lunes y emprender la ruta para vender. Y también tenía una mujer que me quería: al menos ella lo gritaba con mucho entusiasmo cuando hacíamos el amor.

Cada Navidad me gusta mirar la vida con la perspectiva de los últimos doce meses: hasta el año pasado estuve convencido de que mis días avanzaban en la dirección adecuada, que, de algún modo, cada año era mejor que el anterior. Pero desde el verano mi existencia se despeñaba con la velocidad de una bola de nieve que se hace más grande a medida que rueda: mi mujer me había dejado –tal vez debería alegrarme porque haya sido ahora en lugar de haberme dado cuenta dentro de muchos años, pero todavía me duele– y, dos días antes de que los niños de San Ildefonso cantasen la lotería, el dictador de mi oficina me había puesto de patitas en la calle.

De ninguna de las dos cosas tengo toda la culpa. Mi mujer me dijo que se sentía sola. Me lo dijo con lágrimas en los ojos, como si de verdad le doliese haberme puesto los cuernos durante cuatro meses con su profesor de aeróbic, todos los lunes y miércoles a las siete: no me sorprendió descubrir que para la infidelidad era tan metódica como para todo lo demás.

—Pues haberte comprado un perro.

Eso fue lo que le dije a mi mujer. Al tirano, no. Al tirano, cuando me anunció que me iba a descontar los doce mil euros de las comisiones que me debía, le dije:

—Una mierda.

Lo dije exactamente como lo pensaba. Y me gustó tanto hacerlo que planté las manos sobre su mesa de roble –me sudan cuando me altero y me encantó dejarle las marcas de las

rayas de mi mano señaladas—, lo miré a los ojos y repetí las dos palabras con bastante más mala uva que la vez anterior:

—Una mierda.

Dos días después firmé el finiquito. Finiquito renunciando a los doce mil euros, claro. Esa tarde, para darme ánimos, me llevé a la boca el primer cigarrillo del segundo paquete del día y me dije que había hecho lo correcto. Me convencí de que así era como debería comportarse un hombre que se viste por los pies. Que mi padre habría estado orgulloso de mí. Al día siguiente ya empecé a tener alguna duda. No me sorprendió porque nunca me he caracterizado ni por la constancia ni por la claridad de ideas. La voz de mi padre, que ya estaba tardando mucho en venir a visitarme, me empezó a martillear en los oídos: Has sido un imbécil. En un momento de orgullo has tirado por la borda el mejor trabajo de tu vida. Idiota.

IR A LA FICHA DEL LIBRO

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito
de los titulares del copyright.**